

Esmeralda
Santiago



EL SUEÑO DE
AMÉRICA

América González es una empleada de hotel en Puerto Rico, donde limpia los cuartos que ocupan extranjeros adinerados. Con una madre alcohólica y resentida, una hija de catorce años que no piensa en otra cosa que en vivir lejos de ella y un hombre que le pega constantemente, América solo sueña con encontrar una vía de escape. Así, cuando le ofrecen trabajo de niñera en Nueva York, se agarra a él como a un clavo ardiendo y se lanza a una nueva vida. El sueño de América es la primera novela de Esmeralda Santiago, y con ella construye una parodia de la cultura latina en la que todos sus tópicos (la sumisión al macho, la unidad familiar, la fascinación por lo gringo) son puestos en entredicho y contemplados con una mirada irónica.

Reconocimientos

Aunque esta es una obra de ficción, se desarrolla en un lugar real: Vieques. La Casa del Francés realmente existe, en mejores condiciones de las que he descrito y con un pasado diferente. Tengo una gran deuda con Irving y Helen Greenblatt por su hospitalidad y generosidad y por permitirme que la imaginaria América González trabajara en su maravilloso hotel.

Muchísimas gracias a mi amiga y agente Molly Friedrich por guiarme y alentarme, y a mi editora, Peternelle van Arsdale, por aventurarse conmigo y con *El sueño de América*.

Gracias a Judith Azaña y a todas las empleadas que me contaron sus historias e impresiones.

Y, finalmente, queridos Frank, Lucas e Ila: gracias. Su apoyo es para mí lo más importante de todo.

El problema con Rosalinda

Es su vida y es ella quien la vive. De rodillas, restregando detrás de un inodoro en el único hotel de la isla. Tararea un bolero lleno de amor y anhelos. Se la pasa canturreando, cuando no es una balada, es un cha-cha-cha. Muchas veces canta en voz alta, pero ni siquiera es consciente de la música grata que emana de sus labios y se sorprende cuando los turistas le dicen lo mucho que les gusta que ella cante cuando trabaja.

Las losetas están desparejas detrás del inodoro y una uña se le engancha en la esquina de una y se le parte hasta la carne viva.

—¡Ay! —De cuclillas, se arrastra hasta el lavabo y deja correr agua fría sobre su dedo del corazón. Él semicírculo rosado de su uña cuelga de la cutícula. Lo muerde y prueba su sangre salada.

—¡América!

El grito rebota contra las paredes del cemento de La Casa del Francés. América se levanta, el dedo aún en su boca, y corre hacia la ventana del cuarto de baño. Cuando se inclina a mirar, ve a su madre corriendo de un extremo al otro del paseo al lado del hotel, escudriñando las ventanas del segundo piso.

—¿Qué pasó?

—¡Ay, nena, baja!

Ester gime y se derrumba en cuclillas, sus manos cubriéndole la cara.

—¿Qué pasó, mami? ¿Qué ha sucedido?

Vista desde arriba, Ester es un círculo de color en el paseo, la falda de su bata de casa parece un anillo floreado alrededor de sus hombros angostos, sus brazos bronceados y su pelo color cobre en rulos. Se mece de lado a lado, solloza con el brío de una niña malcriada. Por un instante, América considera brincar por la ventana. Ver a su madre desde arriba, pequeña y vulnerable, hace palpar su corazón más rápido de lo que debe y se le forma un nudo en la garganta que amenaza estranglarla.

—Ahí voy, mami —grita, cruza la habitación, baja las escaleras, corre alrededor del patio interior, sale por las puertaventanas del balcón al frente de la casa, pasa por las matas de gardenia y el portón que da al huerto, hasta donde Ester todavía está acuclillada, gimiendo como si el mundo se le estuviera cayendo encima.

En las ventanas y balcones aparecen turistas soñolientos, sus caras vacacionales nubladas por la ansiedad. Don Irving, el propietario del hotel, corre pesadamente desde el fondo del edificio, llegando a donde está Ester a la misma vez que América.

—¿Whasgononir? —fulmina el inglés—. ¿Por qué tantos gritos?

—¡Ay don no! —América se arrodilla al lado de Ester—. Mami, por favor, ¿qué te pasó, qué fue?

—¡Ay, mi'ja! —Ester está hiperventilando y no consigue hablar. La respiración de América se acelera y siente como un remolino dentro de la cabeza.

—Por favor, mami, ¿qué pasa? Dime lo que ha sucedido.

Ester sacude la cabeza, rociando el aire con lágrimas. Se aprieta ambas manos contra el pecho, como para controlar si sube y baja. Traga aire y, en una voz titubeante que sube hasta ser un grito, le da la noticia a América.

—¡Rosalinda se fugó!

Al principio, no comprende lo que Ester quiere decir con Rosalinda se fugó. Su hija de 14 años no está presa.

Pero las palabras se repiten en su cabeza y el significado llega a ser claro. América cubre su rostro, estruja sus dedos contra su piel y solloza.

—¡Ay, no, mami, no! ¡No digas eso!

Ester, quien ha ganado alguna compostura ahora que el problema ya no es suyo, envuelve a América entre sus brazos y frota sus hombros, sus lágrimas mezclándose con las de su hija.

—Se fue con ese muchacho, Taíno.

América se le queda mirando a Ester, tratando de darle sentido a lo que ha dicho. Pero las palabras y las imágenes se deforman, pasan demasiado ligero, como una película en avance rápido y al fin hay una pausa, una imagen fuera de foco de su hija Rosalinda y un granujiento Taíno con sus inocentes ojos marrones. América sacude la cabeza, tratando de borrar la imagen.

—¿Qué diablos pasa? —Don Irving se para frente a ellas, resoplando ráfagas de aliento apesados a cigarro. Detrás de él, Nilda, la lavandera, Feto, el cocinero, y Tomás, el jardinero, convergen hacia ellas desde distintas direcciones. Los tres rodean a América y a Ester y los hombres las ayudan a pararse.

—Is may doter —dice América en inglés, evadiendo los ojos de Don Irving—. Shi in tróbol.

—Rosalinda se fue con su novio —Nilda interpreta en mejor inglés y América se encoge de vergüenza.

—¡Oh, fohcrayseiks! —Don Irving escupe entre las matas de orégano—. Geddadejír, comon. —Conduce a América y a Ester, quienes siguen llorando, fuera del alcance del oído de sus huéspedes, más allá del edificio, donde deja que Feto y Tomás las escolten al camino detrás de los establos. Don Irving regresa mascullando hacia el jardín—. Cuando no es un problema es otro. Una maldita telenovela. ¡Por Dios! —Saluda con las manos en dirección a los turistas curiosos asomados por las ventanas y los balcones—. Todo está bien. No se preocupen.

Apoyadas en Feto y Tomás, América y Ester van en la dirección opuesta. Los turistas se les quedan mirando hasta que todos desaparecen detrás de la barra al aire libre.

América y Ester arrastran los pies hacia su casa por el camino detrás de La Casa del Francés. Nilda las acompaña, sobándole los hombros a una, luego a la otra.

—Cálmense. Si no controlan los nervios, no van a poder ayudar a esa pobre muchachita. —Nilda les recuerda. Su voz vibra con el entusiasmo de una buscavidas que se encuentra de casualidad en el medio de un drama.

—Usted ya puede regresar, Nilda —sugiere América entre gemidos—. Nosotras podemos llegar a casa solas.

Pero no es tan fácil disuadir a Nilda. América no es como otras mujeres. Ella no está dispuesta a hablar de sus problemas, a lamentarse con otras mujeres de lo dura que es su vida. Se la pasa tarareando y canturreando como si fuese la mujer más feliz del mundo, aunque todos saben que no es así. No, Nilda no la dejará. No es todos los días que puede penetrar la discreción de América González.

—Yo solo las acompaño a su casa para que lleguen bien —Nilda insiste.

América no tiene energías para discutir. Se siente como si su cabeza estuviera rellena de algodón. Quisiera despejársela, entrar en su propio seso y deducir lo que debe hacer. Pero es como si estuviera encarando una puerta que ella no quiere abrir.

Su casa queda a unos diez minutos de la puerta trasera de La Casa. América pasa por aquí cinco días a la semana, primero temprano por la mañana, y de regreso en la tarde, después de que termina su trabajo. Conoce tanto el camino que está segura de que puede llegar a su casa con los ojos vendados si fuese necesario, y que no tropezaría, ni se caería en una zanja, ni chocaría contra un árbol de mango o un poste de teléfono.

Pero hoy se encuentra en el camino a la misma hora que debería estar lavando el piso de losa de una de las habita-

ciones. Su uniforme se siente fuera de lugar tan temprano, de camino a su casa. Él sol está demasiado caliente para que ella ande por la calle. Las vecinas curiosas que se asoman a las ventanas, o que salen a los balcones a regar plantas, se le quedan mirando, burlándose. América siente a Nilda hinchada de importancia en medio de ella y Ester, conduciéndolas hacia su casa, sonriendo bondadosamente hacia una o hacia la otra, mascullando dichos inservibles, como si sus palabras, y no sus piernas, la impulsaran hacia delante.

Al otro lado de Nilda, Ester plañe como un cachorro herido. Hace quince años alguien tuvo que encontrar a Ester para decirle que América se había fugado con su novio. Ellas nunca han hablado de ese día, y América se pregunta dónde estaba Ester, qué hizo cuando le contaron que su hija se había ido con el guapo que había venido recientemente a la barriada a poner tubos para un sistema de alcantarillado.

Al pensar en Correa, la piel de América se pone como carne de gallina. ¿Qué hará él cuando oiga que Rosalinda se ha fugado? Imagina que su rostro enrojecerá de ira, sus ojos verdes desaparecerán debajo de sus cejas espesas, sus narices resoplarán sobre su bigote bien cuidado. América levanta sus brazos como para evitar el golpe, o quizá para cubrir sus ojos del sol, y Nilda le frota los hombros y la conduce por el portón que Ester dejó abierto.

Los treinta pies hasta los escalones del balcón son una fragante senda de rosas y, como siempre que América pasa, le da un ataque de estornudos.

—¡Salud! —le desea Nilda, y las guía hacia el balcón, esquivando las ramas invasoras de las rosas, cuyas espinas se enganchan en su ropa y su pelo.

Desde el balcón, mira resentidamente la distancia que la separa de la acera.

—Llegamos —anuncia animadamente, abriendo la puerta con un empujón, acomodándose como si visitara la casa

frecuentemente—. Siéntense, yo les traigo algo para beber. —Les saca sillas para que se sienten. América y Ester caen pesadamente en sus asientos, en lados opuestos de la mesa, silenciosas, sus miradas clavadas en el piso de losa. En la cocina, Nilda abre y cierra más gabinetes de lo que parece necesario para encontrar un vaso—. Aquí tienen. Esto les ayudará a sentirse mejor. —Nilda pone un vaso de agua con hielo al frente de cada una. Sedienta, América bebe en largos tragos. Ester contempla su bebida suspicazmente.

El agua fresca revive a América. Cuando se para, las patas de la silla raspan fastidiosamente las losas, provocando que Nilda haga una mueca y se cubra los ojos. Ester emerge de su silencio con la actitud de alguien que ha sido bruscamente despertada de una siesta tranquila.

—Cierta gente no debe meterse en lo que no le interesa —dice, tambaleándose cerca de Nilda rumbo a la cocina, donde descarga su agua con hielo en el fregadero.

La sonrisa obsequiosa de Nilda se convierte en un rencoreso apretón de labios.

—¿Qué dije? —pregunta, pero Ester la ignora.

América toca el codo de Nilda y dulcemente la orienta hacia la puerta.

—No lo tome en serio. Usted sabe cómo se pone. —Le abre la puerta y deja que Nilda pase—. Gracias por su bondad, pero mejor es que regrese al hotel o Don Irving nos despedirá a las dos.

—Sí, ya debo volver —Nilda consiente sin ganas—. Yo regreso más tarde a ver si hay algo que pueda hacer por ustedes.

América sonrío apenas.

—No se preocupe por nosotras, estaremos bien. —Se estira más alta de lo que es, sólida en el umbral, y desde esa altura, mira a Nilda.

—Bueno, bien, cuídense.

Desde la cocina, Ester bufa su desdén.

América casi empuja a Nilda hacia fuera y cierra la puerta en cuanto sale. Inclina su espalda contra la puerta y suspira de alivio. A su mano derecha queda el dormitorio de Rosalinda, sus paredes empapeladas con carteles de artistas de rock and roll y cantantes de salsa. Entra al cuarto furtivamente, como si temiera despertar a un durmiente. Rosalinda se ha llevado casi toda su ropa, su boombox y discos compactos, las alhajas de oro que Correa le ha regalado a través de los años y el pelícano azul que Taíno se ganó en las fiestas patronales del año pasado. No dejó una carta diciéndoles dónde se ha ido, pero es obvio que se fue sin ninguna intención de volver. Hasta se llevó al almanaque con fotos de Cindy Crawford en el cual marca su ciclo menstrual.

América se sienta al borde de la cama bien tendida, como si Rosalinda no hubiera dormido en ella. Él tocador está limpio de mousses y gels, cremas contra barritos, los cepillos, la secadora de pelo y sus aguas de colonia. ¿Cuánto tiempo estuvo empaquetando?, América se pregunta, impresionada con lo bien que su hija debe haber planeado su escape para ser capaz de llevarse tantas cosas. Probablemente Rosalinda ha estado sacando cosas de la casa desde hace días y nadie lo ha notado. Ester, cuyo dormitorio queda al otro lado de la pared, duerme a pierna suelta, especialmente cuando está bebida. Sus ronquidos son fuertes y enérgicos, y Rosalinda podría haber salido de la casa en la madrugada y nadie la habría oído.

América se levanta de la cama, estira el borde de la sábana, como para borrar todo rastro de que ha entrado al cuarto.

—Yo le preparé su desayuno como de costumbre —dice Ester cuando América vuelve a la cocina—, pero cuando fui a llamarla para que se levantara, ya se había ido. En el cubo de basura, Ester ha vaciado el desayuno de Rosalinda: Rice Krispies con rebanadas de guineo maduro.

América seca el plato que Ester ha lavado.

—¿Taíno vino ayer cuando yo estaba trabajando?

—Estuvo aquí un rato. Los dos se sentaron en el balcón a hacer sus tareas de la escuela. Yo les preparé unos sangüiches. —Ester toma el plato de las manos de América, lo guarda y va hacia el refrigerador a sacar una cerveza.

—Es demasiado temprano para eso, mami —le advierte América.

—No me digas lo que tengo que hacer —Ester le contesta bruscamente, saca una Budweiser fría y se encierra en su cuarto.

América clava la mirada en la puerta cerrada, manchada de grasa, con la inútil perilla colgando de la cerradura. Él silbido mudo de la lata de cerveza que abre Ester hace sentir a América como si su respiración se le estuviera escapando.

Se salpica agua de la pluma en la cara y se seca con su delantal. Huele a amoniaco. Apoya sus codos en la orilla del fregadero y se masajea las sienes con las yemas de los dedos. Está agotada. Es un agobio que siente en tiempos como este, cuando el mundo entero parece haberse derrumbado bajo sus pies, dejándola en el fondo de un hoyo con lados tan empinados que no puede escalarlos para salir. Es la angustia de haber intentado salir y fracasado tantas veces que ha decidido simplemente sentarse en el fondo y esperar a ver lo que sucede. Pero solo se rinde durante el instante que tardan las lágrimas en deslizarse por sus mejillas y caer una dos tres en el agua de lavar platos.

América cruza hacia su cuarto en la parte posterior de la casa y prende la luz al entrar. Una cama bien tendida ocupa casi todo el espacio. Hay un teléfono sobre una mesita al lado de la cama, pero el servicio fue desconectado hace tiempo porque ella no podía pagar la cuenta.

Cuando Correa construyó este cuarto de lo que era la marquesina, dejó espacio en la pared de concreto para poner una ventana, pero nunca lo hizo. Él rectángulo donde debe entrar la ventana está cubierto con madera contracha-

pada. América apoyó un espejo contra ella y en el alféizar sin acabar guarda sus preparaciones para el cabello y sus cosméticos. De noche, duerme con la puerta entreabierta y un ventilador prendido para mover el aire. Correa tampoco puso un ropero, así es que su ropa cuelga de clavos en las paredes, o están estrujadas dentro de dos aparadores que no hacen juego.

América se quita el uniforme de nailon que Don Irving les hace usar. Es verde, con un delantalcito blanco, también de nailon (más fácil para lavar y secar). En la humedad del verano, el uniforme se siente como la envoltura de una salchicha, apretada y pegajosa. Lo cuelga contra la pared, en su lugar usual al lado de la puerta. Los días en que no trabaja, lo ve cada vez que sale de su cuarto.

Se pone un vestido floreado, ajustado en la cintura con un cinturón ancho. Ester aparece en la puerta de su cuarto.

—Es muy llamativo —dice—, demasiado alegre para la ocasión.

—¿Qué quieres, que me vista de luto? —América se pone un par de sandalias de taco bajo.

—Por lo menos debes de mostrar respeto.

—¿Como el respeto que ella me ha mostrado a mí?

—Es una adolescente. Ellos no respetan a nadie.

—¿Desde cuándo eres tú experta en la adolescencia?

Ester expresa su desaprobación haciendo ruidos con la garganta. Le da la espalda erguida a América y se retira por la puerta de la cocina hacia su huerto.

América ajusta el corpiño de su vestido, corre las manos sobre sus senos, hasta la cintura, abrocha el cinturón un poco más apretado. No se va a vestir de negro para que todo el vecindario sepa lo que siente. Que meneen las lenguas si les da la gana de hablar de ella. Y después de todo, Ester sabe lo que Correa hace si ella sale de la casa mal vestida.

El suave tincatín de las vainas de gandules que caen dentro de una lata hace contrapunto con el chanchás de las chancletas de Ester sobre el pasto.

América se empolva la cara y apresuradamente se aplica colorete y lápiz de labios. Se da una última mirada en el espejo, fija un rizo descarriado al lado de su ojo izquierdo y rebusca en su aparador hasta encontrar la cartera que haga juego con sus sandalias. Pone sus cosas en un bolso de charol negro que Correa le regaló hace tres Navidades.

—Me voy —llama por la ventana de la cocina hacia Ester, cuyos brazos se estiran delicadamente entre las ramas arqueadas, buscando las vainas más grandes. Ester mira hacia la ventana, hace pucheros en su dirección y continúa su tarea rítmica, como si la interrupción hubiese sido una pausa en un baile sutil.

América esquiva las ramas de las rosas que se arquean sobre la acera de cemento, estornuda, cierra el portón, se da palmaditas contra su pelo una vez más y camina el medio bloque que queda entre la calle Pinos y el parque. Un perro la mira desde su cobijo bajo un tamarindo, bosteza desganadamente, se acomoda otra vez, cubriéndose los ojos con una pata. América cruza la calle frente a la iglesia Asamblea de Dios, donde el pastor Núñez, su corbata torcida bajo el cuello entreabierto de su camisa blanca, poda una mata de amapolas que ha invadido el espacio donde se estaciona la guagüita de la iglesia. Él inclina la cabeza en su dirección y ella le devuelve el saludo, acelerando su paso al dar la vuelta hacia la calle Lirios. Un carro mohoso y destartalado pasa por la calle. Él conductor la ojea, desace-lera, asoma la cabeza por la ventana para verla mejor y comenta en voz baja que a él le gustaría comérsela. Ella responde que, en el estado en que ella se encuentra, él moriría de indigestión, y da la vuelta hacia la calle Almendros.

América tiene que encontrar a Correa antes de que alguien le cuente que Rosalinda se ha fugado con Taíno. Es el deber de Correa encontrarlos y regresarlos de donde quiera que estén escondidos. Pero no sabe qué sucederá después de eso. Probablemente Taíno le ha dicho a Rosalinda que se va a casar con ella, pero a los 14 años es

muy niña para casarse. Hasta es posible que sea ilegal que tenga relaciones sexuales. La idea de Rosalinda enredada en los brazos de Taíno enfurece a América. ¿Cómo se atrevió a aprovecharse de nosotras? Ella confió en él, creyó que el muchacho serio y trabajador sería una buena influencia para su hija voluntariosa. Se le había olvidado que Taíno era como todos los hombres, detrás de lo mismo que el resto.

Su rabia aumenta con cada paso y, cuando sale del callejón que conduce a la carretera, está que «jierve». Si Rosalinda se apareciera frente a ella ahora mismo, se arrepentiría de haber puesto los ojos en Taíno. Los dos la cogen de pendeja, escabullándose a sus espaldas por quién sabe cuánto tiempo, mientras ella se esclaviza lavando baños y limpiando pisos. Ella supuso que Rosalinda era lo suficientemente lista como para no repetir su error. ¿No ve ella lo que ha resultado de mi vida?, América se pregunta a sí misma, y tiene que reprimir las lágrimas que amenazan con arruinar la poca compostura que ha alcanzado.

Más arriba de la carretera, una niña camina con un bebé. Vista desde atrás se parece a Rosalinda. Tiene el mismo pelo largo hasta los hombros, peinado con gel para formar una melena leonina alrededor de su cara. Tiene los mismos pantalones cortos de denim y calza botas de hombre. Viste una chaqueta vaquera como la que Correa le regaló a Rosalinda para su cumpleaños, con ribetes dorados alrededor de las bocamangas, la espalda forrada con encaje color de rosa. La niña da la vuelta por un callejón que conduce a la calle Lirios.

América la sigue, pero la niña, que siente que alguien anda detrás de ella, acelera sus pasos y mira temerosamente sobre su hombro. Es una amiga de escuela de Rosalinda. Se asusta cuando ve a América, sonrío cautelosamente, envuelve la chaqueta alrededor de sus hombros huesudos, agarra al nene y entra en su patio. América la sigue hasta el portón.

—¡Carmencita! —América llama cuando la niña entra en la casa.

Carmencita deja a su hermanito en el balcón, se quita la chaqueta y la tira adentro, entonces viene tímidamente hasta donde América la está esperando.

—Mande.

—¿Has visto a Rosalinda hoy?

—No.

—¿Y anoche? ¿La viste anoche?

—Yo la vi anteayer cuando ella... —Carmencita desvía los ojos—. Si usted quiere la chaqueta, mami dijo que me tiene que devolver el dinero.

—¿Qué dinero?

—Ella me la vendió. Yo ahorré para poder comprársela. Yo sé que cuesta más de diez pesos, pero eso fue lo que ella pidió. —Los ojos de Carmencita se llenan de lágrimas. Él bebé grita dentro de la casa y la muchacha corre a ver lo que le pasa.

América espera unos minutos, pero la niña no regresa.

Una vecina sale de la casa de al lado a regar sus plantas.

—¡Buenos días! —la saluda. América le devuelve el saludo, pero no se para a platicar. Se da cuenta de que, en las próximas semanas, va a estar viendo la ropa de su hija vestida por niñas y mujeres de la barriada.

América desanda sus pasos hacia la caseta de guardia afuera de Sun Bay, donde Correa, en su uniforme acabado de planchar, estará verificando identificaciones. Camina vigorosamente por la carretera asfaltada, corriéndose hasta los hierbajos cuando pasa un vehículo. Varias veces, uno que otro vecino le ofrece pon, la mira curiosamente, indudablemente preguntándose por qué no está trabajando. Pero ella rehúsa las ofertas, porque no quiere hablarle a nadie sobre el paradero de su hija.

Siente la boca seca. Entra en La Tienda Verde y saca una Coca-Cola del refrigerador. Pepita desempolva latas de